



Juan Carlos Onetti *Los adioses* y la crítica

Santiago Rojas

California State University, Chico

Los adioses conocida y enigmática novela corta de Juan Carlos Onetti³⁰, después de un primer y fallido intento, se publicó finalmente en Buenos Aires en 1954, vale decir, hace ya más de treinta y cinco años³¹. Las opiniones críticas emitidas desde entonces, aspirando cubrir y elucidar múltiples facetas del equívoco relato, han llegado con frecuencia a aproximaciones no sólo disímiles, sino que, en repetidas ocasiones, diametralmente opuestas. Entre el rico acopio de estudios dedicados a la novela, sin embargo, junto a valiosas y esclarecedoras observaciones, ha persistido hasta el presente un curioso contrasentido que, a nuestro parecer, obstruye en medida nada despreciable la recta comprensión de aspectos tanto de importancia secundaria como fundamentales de la misma. Por una parte, desde el primer análisis consagrado a *Los adioses*, de Emir Rodríguez Monegal, aparecido el mismo año en que se publicó la novela, la crítica ha reiterado una y otra vez la arriesgada credibilidad que garantiza la desbordante relación del tendero³². Por otro lado, no obstante, desatendiendo esta inherente peculiaridad del relato, se han emitido a la vez categóricos pronunciamientos y se han elaborado conclusiones que sólo dependen, paradójicamente, de los desconfiables aportes suministrados por el almacenero y sus colaboradores.

En el presente ensayo, por lo tanto, atentos a la crítica y al beneficio que depara una perspectiva creada a través de más de treinta años, interesa considerar e ilustrar con ejemplos específicos la paradoja señalada, procurando que dicho esfuerzo, usado como medio de aproximación, de punto de vista, nos permita obtener como resultante un entendimiento más idóneo del sugestivo relato.

Los adioses, en trazos generales, no es más que la relación en primera persona hecha por un insólito «yo» -el almacenero-, que se impone la tarea de contar la historia o los sucesos que plasman el mundo íntimo de un «él» -el ex jugador de básquetbol-, especialmente en correlación a dos mujeres que le escriben y lo suelen visitar en la villa en la cual se refugia para curarse de una afección pulmonar, «la mujer de los anteojos de

sol» y una enigmática muchacha. El tendero se sirve, además, para trazar el complejo devenir del atleta, de los informes recibidos por parte del enfermero y Reina, la mucama del hotel, a quienes suele citar de manera directa, y en otras oportunidades, para mayor subjetividad del antecedente narrado, reconstruye la información o simplemente la utiliza para añadir por su cuenta intrincados aditamentos, sospechas o deducciones por él forjadas.

Merced a dicho procedimiento narrativo, consecuentemente, el lector llega a conocer poco y de manera distorsionada al personaje que se perfila como figura central y, casi sin percatarse de ello, termina conociendo mejor al que sirve de voz narrativa, quien supuestamente debiera tener una importancia secundaria. Al interesante pero engañoso punto de vista del relato, hay que sumar asimismo el ambiguo y truculento modo de narrar que posee el relator y, sobre todo, la compleja personalidad psicológica que tan notoriamente lo define y separa del resto de los personajes.

Hechas las consideraciones precedentes, observaremos primero, a guisa de introducción, un interesante pasaje de la novela, un enunciado que, aunque en apariencia sin importancia, muestra de modo palmario hasta qué grado alcanza la sutileza narrativa de *Los adioses*, al mismo tiempo que expone con nitidez el cuidado que exige su lectura y las —33→ subsecuentes y diversas posiciones adoptadas por la crítica.

Durante el verano, después de los carnavales, llega al pueblo para ver al enfermo, por segunda vez, «la mujer de los anteojos de sol», acompañada en esta ocasión de un niño quien, según el almacenero, «tendría cinco años y no se parecía ni a ella ni a él» (52). Al día siguiente llega también la muchacha, y la confluencia de las dos mujeres en la villa, más el ulterior nexo creado entre ellas, crean automáticamente en la disposición de la gente una viciosa tensión dramática. El exaltamiento del populacho y la consecuente actitud reprobatoria hacia la relación del hombre y la joven, considerada como su amante, bien pueden sintetizarse en las siguientes palabras de Reina: «Habría que matarlo... Matarlo a él. A esa putita, perdóneme, no sé qué le haría. La muerte es poco *si se piensa que hay un hijo*» (58; el énfasis es nuestro).

Esta es, en rigor, la primera vez que, con referencia al niño, se usa el término «hijo». El enfermero comparte en seguida la conclusión de la mucama. El almacenero, en cambio, más cauteloso, después de aquella interesante y sutil declaración suya de que el niño «no se parecía ni a ella ni a él», aunque cita en más de una ocasión el parecer de sus asociados, prefiere por su parte, hasta el cierre mismo del relato, el uso de los vocablos «chico» o «niño» (ver 52, 53, 72, 73, 84). Es la apasionada mucama, por lo tanto, el primer personaje que induce y expresa la versión del «hijo», sin ofrecer en su comentario fuentes o evidencias que prueben el dictamen emitido. No se sabe así, a ciencia cierta, si alguien le ha dado con anterioridad dicha información o si sólo se trata de una gratuita conjetura suya. Frente a esa ambigua presentación de los hechos, ¿Qué puede afirmarse de modo categórico? ¿Qué cursos se abren así a la interpretación crítica? He aquí dos diferentes aproximaciones al respecto: Hugo J. Verani, que al bosquejar el destino del ex jugador de básquetbol divide el tiempo de la novela en un «ayer» y un «mañana», ateniéndose al testimonio de Reina, y que con referencia al hombre, indica: «en el ayer hay una mujer y un hijo de cinco años...» En el mismo párrafo, usa luego como sinónimo de «mujer» el vocablo «esposa» (143). Josefina Ludner, muy por el contrario, al delinear también la suerte del ex atleta y, en particular,

aludiendo al vínculo que une a éste con «la mujer de los anteojos de sol», declara: «esta mujer tiene un hijo (no del hombre) y no es su esposa...» (91).

Dichas interpretaciones, como es de ver, se ubican entre sí en polos opuestos. Si nos ceñimos estrictamente a la narración empero, y como el lector no llega a comprobar de modo cierto la aserción de la mucama, ni el hecho se dilucida en el resto de la novela, justo es reconocer por consiguiente que todo enunciado crítico que vaya más allá de ratificar la presencia de una mujer y un niño, entraña de por sí cierto grado de riesgo.

De mayor importancia juzgamos el ejemplo siguiente. Una de las más ambiciosas proyecciones que aspira a brindar la narración -y en gran medida alcanza el efecto deseado- es mostrar la introversión, el hermetismo del ex deportista. Hay un aparente ademán de insistencia por parte de los informantes en fijar la visión de un hombre huraño, ensimismado y rehuyendo siempre, empecinadamente, el encuentro y el trato con los demás. La crítica, pese a sus diferencias, no ha puesto en duda ni ha hecho reparos a esta imagen del personaje, la cual ha servido más bien de piedra angular en el análisis del mismo. Sin embargo, en base a una cuidadosa lectura, y aunque parezca sorprendente, la narración deja escapar también otros perfiles del hombre que desmienten o contradicen el retrato anterior. Es curiosísimo constatar, por ejemplo, la asombrosa frecuencia, casi obsesiva en el almacenero, de anotar la actitud sonriente del enfermo, ya sea que la risa o la sonrisa aparezcan como fruto directo de la observación o sólo como ejercicio imaginario del tendero. En la capciosa relación de los hechos, no obstante, casi no se advierte esa característica del personaje, diluida quizás por el énfasis que también se presta a la fase negativa, melancólica, y por las constantes acotaciones interpretativas dadas por el imprevisible narrador. Tómese nota de los siguientes ejemplos: cuando el almacenero se informa por primera vez y de paso, de que el hombre había sido jugador de básquetbol, se desata de inmediato en él la propensión fantástica y empieza a verlo, en sus sueños, «en alargadas fotos de *El Gráfico*, ... *sonriente* o desviando los ojos con, a la vez, el hastío y la modestia que conviene a los divos y a los héroes» (24)³³. Al recordar las visitas del enfermo cuando éste acudía al café en busca de correspondencia, comenta nuevamente: «Entraba mirándome a los ojos, con *la insinuación de sonrisa* —34→ que le ahorra el saludo...» (27). Pocos renglones más adelante, añade: «A veces pedía cerveza, otras daba las gracias y se iba; *entonces sí llegaba a sonreír de verdad...* (27). Si lo evoca en el hotel, lo imagina «indolente en el sillón de paja, con las piernas estiradas, forzando los labios a mantener *un principio de sonrisa* amable y nostálgica» (17). No bien el ex atleta da fin al escandaloso enclaustramiento con la muchacha y baja de la casita de la sierra al café, el tendero especifica: «Era la despedida, pero él estaba alegre, intimidado, incómodo, mirándonos a mí y al enfermero con *una sonrisa rápida*» (46). Al salir la pareja del almacén el narrador prosigue: «él cargaba la valija y *me sonreía*, parpadeando, autorizándome a vivir...» (49). Luego insiste: «Ensayaba, para mí, para los otros, ... como para una fotografía, *una sonrisa* de la que no lo hubiera creído capaz... *una sonrisa* con la que proclamaba su voluntad de amparar a la muchacha...» (50).

Hasta cuando reproduce la escena del hombre frente al espejo, la cual había sido presenciada por «una vieja de la sierra», el tendero se extiende en la descripción, diciendo que «el hombre, solo, de pie, desnudo, se miraba en el espejo de un armario; movía los brazos, adelantaba *una sonrisa curiosa*, de leve asombro» (77). La noche cuando el enfermo, linterna en mano se dirige al café para indagar si pueden mandar al chalet de las Ferreyra comida para dos, y topa fortuitamente con el almacenero en

medio de la calle, éste registra: «Me detuve, la luz amarilla de la linterna se abrió en mi cara y *escuché la risa*: era un sonido seco, intencionado, ejercido para el reto» (74). Ya en el almacén, después de servir un par de copas, explica todavía: «... y vino hacia mí, *sonriendo* con los brazos separados del cuerpo, balanceando la larga linterna niquelada. Se inclinó para dominar la tos y volvió a *sonreír*, enrojecido, lacrimoso» (75). Cerrado finalmente el convenio entre ellos el tendero persiste: «Golpeó la pared con la luz de la linterna y *sonrió* con un lento orgullo, como si acabara de acertar» (78). Casi a renglón seguido, continúa: «Se movió para enfrentarme, ofreció la cara, mantuvo más amplia *la sonrisa negativa*» (78). En el mismo párrafo, al detallar el fin de la entrevista, concluye: «Convirtió en ruido *su sonrisa* y me tendió la mano...» (78).

Es interesante señalar, por otra parte, que este empecinamiento en hacer destacar la sonrisa del ex deportista, contrasta violentamente con el aserto y la descripción que el tendero rinde del enfermo cuando éste traspasa por primera vez las puertas del café, lo que muestra la aptitud contradictoria de sus juicios, sus intuiciones, y sirve al lector de advertencia e índice para juzgar sus atributos como narrador. Conforme a su innata predisposición imaginativa, así describe y comenta los detalles del primer encuentro: «El hombre entró con una valija y un impermeable; alto, los hombros anchos y encogidos, saludando sin *sonreír* porque su sonrisa no iba a ser creída y se había hecho inútil o contraproducente desde mucho tiempo atrás, desde años antes de estar enfermo» (10).

La índole risueña del hombre, pese a todo, y con ser digna de consideración, no es el único rasgo de importancia asociado a su personalidad que conviene hacer descollar. A propósito de la primera visita de «la mujer de los anteojos de sol», el enfermero, extrañado del cambio exhibido en la conducta del ex deportista, dice en cuanto a la pareja y especialmente acerca de él: «me invitaron a tomar una copa con ellos en el hotel y el tipo me hizo preguntas sobre mil cosas del pueblo» (25). En la última parte de la novela, el enfermero y la mucama, al comentar el inaudito encuentro de las dos mujeres en el hotel de la villa, rehaciendo el «epílogo» de la historia, indican: «Cuando llegó la noche, el hombre bajó de la habitación y se puso a bromear con el portero y el encargado del bar» (64). Poco más adelante, continúan: «bajó alegre y conversador, le hizo bromas al portero y obligó al encargado del bar a que tomara una copa con él. Es de no creer. Y saludaba con una gran sonrisa a cada uno que llegaba para la comida» (64-65). Después de abundar en otros pormenores que dejan ver el jubiloso ambiente en que se desplaza el enfermo, la narración prosigue: «Todos reían y él mostraba agradecimiento; mantuvo su sonrisa mientras le devolvían parte de los golpes que había estado sembrando en las espaldas...» (66).

El enfermero, con anterioridad, ha reconocido asimismo, al evaluar la reacción de la gente del hotel hacia el affair del hombre y la joven, según se ha dicho, vista siempre como su amante, que «nadie quiere hablar mal de él. De la muchacha, sí» (51). Y es también el mismo enfermero quien, ya junto al cadáver del hombre, concisa y finalmente, entre otros —35→ detalles, resume así, para «una mujer flaca» que el relato no identifica, la estancia del ex deportista en el sanatorio: «Siempre contento, era un caballero» (86).

Como es de notar, hasta la displicencia y la introversión del personaje, que sin duda ejercen una función vital en el relato, se sostienen precariamente. El lector, de acuerdo a los ejemplos indicados, tiene sobradas razones para pensar que el hombre, fuera del

contexto creado por conjeturas y sospechas, y libre del lastre anímico que suele pesar en las descripciones hechas por sus observadores, bien pudo ser también risueño y afable, conversador, expansivo, hasta el punto de ser dado a gastar bromas con los empleados del hotel y el sanatorio, e invitar en ocasiones, a algunos de ellos, a tomar amistosamente una copa con él. Por otra parte, y más importante quizás, es que estas contradictorias proyecciones del hombre muestran a la vez en qué medida el personaje es producto o versión del almacenero y sus confidentes, lo que obliga al lector a preguntarse si el ex atleta es, en efecto, el verdadero protagonista de la novela. José Luis Coy (510-11), hasta donde sepamos, es el único crítico que no lo reconoce como tal, sino al almacenero, y nos sorprende ver que su opinión no haya recibido hasta el momento la atención que sin duda merece.

Otro ejemplo revelador, y básico, apunta hacia el oficio que desempeña el deporte en la existencia del hombre y el impacto que deja en su espíritu aquel inolvidable partido jugado contra los norteamericanos. Marilyn R. Frankenthaler, en un juicio crítico compartido por muchos, consigna a propósito: «Al deportista lo que más le importa es su pasado como jugador de básquetbol» (94), y de inmediato agrega: «eligiendo este asunto como tema cuando habla en presencia del almacenero» (94). Conviene observar, no obstante, que el lector no tiene ni una sola palabra textual del enfermo que aluda a su pasado como deportista y nunca discute el tópico con el almacenero ni en su presencia. En realidad, se aborda el tema en la novela sólo en dos ocasiones. La primera, en los capítulos iniciales, es aquella donde «la mujer de los anteojos de sol», en el café, aprovechando la salida momentánea del enfermo -va en busca de un taxi-, informa confidencialmente al almacenero que el hombre había sido «el mejor jugador de básquetbol» (24). Ya se ha hecho destacar previamente cómo dicha información afecta la susceptible imaginación del tendero, quien, *ipso facto*, se da a maquinar un minucioso pasado del atleta: «Sin alegría, pero excitado [confiesa el avieso narrador], pude explicarme la anchura de los hombros y el exceso de humillación con que ahora los doblaba, aquel amansado rencor que llevaba en los ojos y que había nacido, no sólo de la pérdida de la salud, de un tipo de vida, de una mujer, sino, sobre todo, de la pérdida de una convicción, del derecho a un orgullo. Había vivido apoyado en su cuerpo, había sido, en cierta manera, su cuerpo» (24).

Lo imagina luego en sucesivas y cambiantes fotografías de *El Gráfico*, y hasta lo vislumbra «en una habitación sombría, examinando a solas, sin comprender, la lámina flexible de la primera radiografía, rodeado por trofeos y recuerdos, copas, banderines, fotografías de cabeceras de banquetes» (25). No conforme aún, desenfrenado, continúa así la visión retrospectiva, que lejos de iluminar ciertamente la realidad del pasado del atleta, sirve para exponer más bien la extremosa sensibilidad del tendero y la rebuscada forma de referir sus cavilaciones: «Podía verlo correr, saltar y agacharse, sudoroso, crédulo y feliz, en canchas blanqueadas por focos violentos, seguro de ser aquel cuerpo largo y semidesnudo, convencido de la eternidad de cada tiempo de veinte minutos y de que el nombre que gritaba la multitud con agradecimiento y exigencia servía para expresarlo, mencionaba algo real y perdurable» (25).

Se vuelve nuevamente al tema casi al cierre del relato, cuando el enfermero y Reina, aún exaltados, detallan para el narrador principal los incidentes del «epílogo». Aluden a los momentos que en el hotel anteceden a la cena, para la cual, el extraño triunvirato había hecho reservar una mesa en la terraza. Recuérdese que el hombre, mientras espera la llegada de las dos mujeres, se halla en un eufórico estado de ánimo y se mantiene

conversador y risueño, prodigando entre los presentes afectuosos golpecitos de espalda, como si aquella «fuera la noche más feliz de su vida, como si estuviera festejando» (66), según las palabras textuales de Reina. Fue entonces, añaden los informantes, cuando «él nos empezó a hablar de un partido con los norteamericanos, que alguien dijo que se había perdido por su culpa...» [68]. (Uno de los oyentes -no él- lo condena por haber sido el factor de la derrota). Poco más tarde, cuando la mujer y el niño —36→ pasan a la terraza, el ex deportista, ahora en el bar del hotel, «estaba contando la misma historia del partido de básquetbol con los norteamericanos, ahora letra por letra, gol por gol» (68). El maniático almacenero escucha atentamente el informe de sus colaboradores, mientras fragua, en las tortuosidades de su espíritu, el siguiente soliloquio:

¿Por qué había elegido él, entre todas las cosas que no le importaban, la historia del partido de basquet? Lo veía enderezado en el taburete del bar, dispersando a un lado y otro el insignificante relato de culpa, derrota y juventud. Lo veía eligiendo, como lo mejor para llevarse, como el símbolo más comprensible y completo, la memoria de aquella noche en el Luna Park, el recuerdo infiel, tantas veces deformado, de bromas de vestuario, de entradas revendidas a cien pesos, de la lucha, el sudor, el coraje, los trucos, la soledad en el desencanto, el deslumbramiento bajo las luces, en el centro del rumor de la muchedumbre que se aparta ya sin gritos.

(69)

No satisfecho todavía, siempre barajando *posibilidades*, prosigue malignamente: «Tal vez no haya estado eligiendo un recuerdo sino una culpa, vergonzosa, pública, soportable, un daño del que se reconocía responsable, que a nadie lastimaba ahora y que él podía revivir, atribuirse, exagerar hasta convertirlo en catástrofe, hasta hacerlo capaz de cubrir todo otro remordimiento» (69).

Estas tendenciosas reflexiones, que no pasan de ser más que pura especulación en la conciencia del tendero, han servido a la crítica frecuentemente, en cambio, de prueba, de testimonio, para sustentar el pasado de culpa y fracaso atribuido al hombre; reflexiones forjadas, además, como se ha visto, a raíz de los incidentes ocurridos aquella memorable noche de júbilo, cuando el ex jugador de básquetbol, irónicamente, aparece más desprovisto que nunca de toda disposición pesimista, trágica. Más que dominado por un sentimiento de *culpa y derrota*, éste parece evocar su pasado como deportista con cierta satisfacción y orgullo, y hasta el juego perdido contra los norteamericanos le sirve de motivo en el bar del hotel, en un ambiente de risas y copas, para atraer la atención de quienes amistosamente le rodean.

Mucho se ha dicho igualmente, en base a las disquisiciones del narrador respecto al deporte, acerca del egoísmo y de la veneración del atleta por su cuerpo, culto tan desmedido, según se opina, que hasta se ha juzgado al hombre como víctima de un grave complejo de narcisismo³⁴. Aunque dichas aseveraciones críticas parezcan lógicas, sin embargo, es obvio el peligro que llevan en sí, porque, como ya se ha señalado, derivan únicamente de las taimadas deducciones urdidas por el falaz almacenero, y ni

siquiera como resultado de conversaciones sostenidas directamente con el ex atleta, sino a través de dos ocasionales informes recibidos de segunda mano. La contingencia aumenta, desde luego, cuando el juicio crítico sobrepasa los límites de las suposiciones inferidas por el tendero, porque el logro mayor que se obtiene con ello, si no el único, es acrecentar todavía más la ya extremada subjetividad del relato.

Consideraremos por último un rasgo del desenlace que, aunque ha sido comentado casualmente por la crítica, no ha recibido quizás la debida atención que probablemente merezca: la muerte del ex deportista. El deceso del personaje, prenunciado por el almacenero desde su primer encuentro con el enfermo, no sorprende al lector. El momento y la forma en que aparentemente se produce, sí. Durante el desarrollo de la trama, al comentar el enfermero el sospechoso retiro de la pareja en el chalecito de la sierra e insinuar el condenable abuso erótico que supone el encierro, refiriéndose al hombre, observa con dejo de malicia y burla: «parece un suicidio» (45). Poco más tarde, al coincidir en la villa las dos mujeres y el niño, Reina, ya sabemos, con ademán histérico, vocifera: «Habría que matarlo... La muerte es poco si se piensa que hay un hijo» (58).

Aunque en el primer pasaje surge ya el término *suicidio*, y en el segundo se infiere el crimen, es manifiesto el sentido figurado en ellos y, claro está, el lector no asocia dichas referencias con la muerte del ex jugador de básquetbol, consignada en los últimos párrafos de la novela. Se tiende a dar más atención, por lo tanto, a las infaltables claves propuestas por el narrador principal, quien no bien se halla al pie del cadáver, conforme a su inveterada tendencia deductiva, sanciona que «al hombre no le quedaba otra cosa que la muerte y no había querido compartirla» (84).

La crítica, con la excepción de Joel C. Hancock -quien plantea la posibilidad del crimen-³⁵, plegándose a la versión sugerida por el almacenero, se ha inclinado abrumadoramente en favor de la muerte voluntaria: «Toda la novela es el desarrollo de esta agonía [la del ex atleta] que se detiene en el instante final, por un acto volitivo: el suicidio», afirma Hugo J. Verani (142). Fernando Curiel (224), —37→ detalla así el dramático desenlace: «Un día, el enfermo desaparece. Su búsqueda conduce, por último, al chalet de las portuguesas. Ahí está, en el suelo, autoasesinado». Incluso José Luis Coy (509), quien ha ido más lejos que nadie en el esfuerzo de hacer destacar los dobleces y la perfidia del almacenero como narrador, acepta el juicio final de éste y suscribe sin asomo de duda: «el hombre no ha muerto a consecuencia de su enfermedad, sino de un tiro que él mismo se ha disparado».

No negamos aquí la posibilidad o probabilidad del suicidio, pero conscientes de la actitud ambigua que caracteriza la narración, tampoco nos atrevemos a afirmarlo de modo rotundo. El trágico evento deja en el aire una serie de interrogaciones que generan duda, estableciendo de hecho, y esto es lo que más importa, que la muerte del personaje -la manera en que ésta ocurre y las razones que la motivan-, como todos los hechos cardinales de la novela, también está nimbada por un halo de vaguedad que conviene tener presente. Adviértase, antes que nada, que no se cuenta con un testigo ocular del sangriento suceso. No hay tampoco ninguna declaración previa del enfermo que insinúe o anticipe el desesperado gesto final, ni el paciente deja nota alguna que sirva de aclaración póstuma. Súmese, asimismo, el hecho de que el cadáver aparece muy poco tiempo después de que el enfermo ha expresado con optimismo que su estadía en el hospital es cosa de sólo tres o seis meses. Sorprende, además, la candidez de los

personajes que acuden a testificar la muerte del enfermo, sobre todo la de los representantes de la ley, pues sabiendo que el hombre ha sido protagonista de una aventura amorosa catalogada como «escándalo y afrenta pública» (74), ni siquiera sospechan una motivación que no esté asociada al suicidio³⁶. El narrador a lo menos, no deja entrever por su parte que se consideren o discutan otras alternativas.

Teniendo en cuenta la magnitud que ha alcanzado el «escándalo» en el pueblo, ¿no habría margen para que se considerara el crimen pasional? ¿No merecería el caso, como prevención mínima, el curso de una cuidadosa, exhaustiva investigación? El lector, entre tanto, aun aceptando el supuesto suicidio se ve acosado por preguntas que la narración no consigue descifrar de una manera satisfactoria: ¿Qué impulsa realmente al enfermo a tomar tan violenta e inesperada medida? ¿Repentina mengua de fe en la recuperación de su salud? ¿Fracaso conyugal? ¿Fin irreparable de una aventura amorosa? ¿Remordimientos nacidos a raíz de un lazo condenable, incestuoso, en su trato íntimo con la muchacha? Ciertamente que la carta devela que la joven es hija del enfermo. El almacenero, en cambio, aunque acepta el hecho como una posible interpretación suya, deja ver a la vez que también pudo haber sido su amante: «Porque suponiendo que hubiera acertado al interpretar la carta, no importaba, *con relación a lo esencial*, el vínculo que unía a la muchacha con el hombre. *Era una mujer, en todo caso; otra*» (83)³⁷.

No se menosprecien tampoco las enmarañadas e hipotéticas reflexiones que asaltan al tendero cuando éste fija su atención en el arma que yace junto al difunto: «Y ahí estaba, en el suelo, el revólver oscuro, corto, adecuado, que él se había traído, mezclado con la blancura de camisetas y pañuelos y que estuvo llevando, en el bolsillo o en la cintura, escondiéndolo con astucia y descaros, sabiendo que era a él mismo que ocultaba, plácido y fortalecido porque podía ocultarse como un objeto de una y de la otra, de lo infundado de sí mismo» (86). La cita llama la atención por dos motivos de interés. Primero, porque en la expresión «podía ocultarse como un objeto de una y de la otra», el almacenero, a pesar de la previa revelación de la carta, parece aferrarse aún a la teoría del triángulo amoroso, la cual no pone en peligro de ridículo sus consabidas predicciones. Y luego, porque es evidente que el contenido de la misiva, que le hizo sentir al principio el humillante «viboreo de un pequeño orgullo atormentado» (83), no ha dejado en su espíritu después de todo, ni la más mínima lección de medida y, como de costumbre, se deja llevar sin resistencia por su arrolladora y enfermiza fecundidad imaginativa. Y eso es, en suma, como en el resto de la novela, casi lo único con que cuenta el lector.

Queda visto, pues, que acerca de *Los adioses* muy poco puede declararse con certeza, y que el estudio analítico de la novela ha sido hasta el momento sin duda paradójico. Los ejemplos precedentes evidencian que se han aceptado y compartido, a lo largo de más de treinta años, muchas de las deducciones y conjeturas lucubradas por el almacenero y sus asociados, sin sopesar en su justa medida que la engañosa narración va minando consistentemente en su decurso la credibilidad de dichos personajes. Y esta postura crítica, hay que reconocerlo, ha sido adoptada tanto en aspectos —38— de importancia secundaria (la paternidad del niño y hasta el «suicidio» del atleta si se quiere), como en zonas o elementos vitales del relato: la verdadera forma de ser, la tangible personalidad del enfermo. (¿Es ciertamente un introvertido, un hombre huraño y egocéntrico?) Su función como personaje. (¿Puede afirmarse de modo categórico que sea el protagonista? ¿Es efectivamente *Los adioses* la historia de un ex atleta que llega a

una villa para curarse de una afección pulmonar o la de un almacenero y de la forma en que éste percibe y proyecta a dicho individuo?) Y, claro está, la trascendencia que desempeña el deporte en la enigmática vida presente del enfermo. (¿Ejercen sus memorias deportivas un efecto negativo en él y prueban de veras un pasado de culpa y derrota?)

Añádase a todo ello el equívoco en que queda el lector al desconocer la naturaleza del vínculo -matrimonio, amor y sexo- que realmente une al hombre con ambas mujeres. Como resultado, y en armonía a lo previamente dicho, muy poco se sostiene de una manera sólida, a no ser la innegable y demoledora duda que termina imponiéndose en la anécdota. La propia subjetividad que implica el punto de vista -el vano intento de captar esencialmente el existir ajeno-, marca en sí el grado de certidumbre que el lector ha de asignarle a la narración, certidumbre resentida aún más por toda la carga de prejuicios, sospechas, rumores y, sobre todo, por las distorsionantes contradicciones manipuladas por el almacenero, por todo lo obviamente añadido o silenciado por él.

No se intenta, con el párrafo anterior, negar o disminuir importancia al efecto artístico que deviene del uso de la sugerencia, la insinuación, lo no atado rigurosamente al prosaico detallismo de los hechos. Mas hay que distinguir, por otra parte, que en *Los adioses*, lo no dicho, lo sutilmente inferido, lleva por lo general un turbio afán de disimulo y maledicencia, un soterrado e inexcusable aliento de rencor humano, que la novela tampoco dilucida cabalmente, pero que asoma con relativa frecuencia y ha sido en más de una ocasión motivo de inquietud para la crítica³⁸.

Finalmente, tampoco participamos aquí de la opinión de quienes consideran que *Los adioses* se malogra o adolece de trampa³⁹. No se pueden inculpar al escritor las artimañas de que se vale el «yo» narrativo, movido quién sabe por qué ocultos y enfermizos pretextos, para tramar su *versión* de la historia, que más parece un esfuerzo encaminado a solapar bochornosos fracasos y aberraciones. Onetti, por su parte, quede bien entendido, no encubre, no disimula las extravagancias del tendero, y no ha tenido más que la virtud, el acierto de concebir en él a un personaje pleno de recónditas vivencias psicológicas, de cuyas raíces surge, precisamente, la fascinante creación del relato. Las posibles versiones de la historia no destruyen ni obstaculizan tampoco la proyección de un mundo novelesco donde se plasma y resume, en el decir de Mario Benedetti (56) «el fracaso esencial de todo vínculo, el malentendido global de la existencia, el desencuentro del ser con su destino», que han llegado a convertirse en una verdadera constante en las creaciones de Onetti. Vista así *Los adioses* y, sobre todo, juzgada la novela a la luz del escrutinio a que ha sido sometida durante más de treinta años, pese al incierto período inicial y a las discrepancias interpretativas, ha logrado confirmar su excelencia y asegurarse una permanente posición en la corriente de la narrativa hispanoamericana de nuestros días.

—39—

OBRAS CITADAS

Benedetti, Mario. «Juan Carlos Onetti y la aventura del hombre». *Homenaje a Juan Carlos Onetti*. Ed. Helmy F. Giacomán. New York: Anaya-Las Americas, 1974. 53-75.

- Coy, José Luis. «Notas para una revaloración de Juan Carlos Onetti». *Cuadernos Hispanoamericanos* 292-94 (1974): 488-514.
- Curiel, Fernando. *Onetti: obra y calculado infortunio*. México: Universidad Nacional Autónoma, 1980.
- Frankenthaler, Marilyn R. *J. C. Onetti: la salvación por la forma*. New York: Ediciones Abra, s. f.
- Hancock, Joel C. «Psychopathic Point of View: Juan Carlos Onetti's *Los adioses* (The Goodbyes)» *Latin American Literary Review* 2.3 (1973): 19-29.
- Harss, Luis y Barbara Dohmann. *Los nuestros*. 4ª ed. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1971.
- Ludner, Josefina. *Onetti: los procesos de construcción del relato*. Buenos Aires: Sudamericana, 1977.
- Onetti, Juan Carlos. *Los adioses*. Buenos Aires: Editorial Sur, 1954.
- Rodríguez Monegal, Emir. *Narradores de esta América*. Montevideo: Alfa, s. f.
- Rolfe, Doris. «La ambigüedad como tema de *Los adioses*». *Cuadernos Hispanoamericanos* 292-94 (1974): 480-87.
- Ruffinelli, Jorge. *Palabras en orden*. Buenos Aires: Editorial Crisis, 1974.
- Verani, Hugo J. *Onetti: el ritual de la impostura*. Caracas: Monte Avila Editores, 1981.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

